

LA LIRA Y EL ARPA

*(De Víctor Hugo.)**Alterni dicetis, amant alterna Carmenae:*

VIRGILIO.

LA LIRA

Hijo de Apolo, duerme; su resplandor te inunda;
 Velándote, las Musas en paz te ven dormir;
 El coro de los sueños volando te circunda
 Y canta dulce lira junto á ti.

EL ARPA

Despierta, incauto joven, camina diligente,
 Que inútil sueño roba las horas de tu afán,
 Y en tanto que así duermes, el mísero indigente
 Llega á tus puertas mendigando el pan.

LA LIRA

Amó tu tierna juventud la Gloria,
 Y, niño aún, la Musa abrió tus labios:
 Por eso audaz con inmortal memoria
 Tu nombre coronaste entre los sabios.
 ¿Qué te puede alarmar en tu victoria?

¿Temes de un dios airado las saetas?
 No temas, que si el mundo es del Acaso,
 Creación fué el Olimpo del Parnaso
 E hicieron á los dioses los poetas.

EL ARPA

Hombre infeliz, de la mujer nacido,
 Bañó la triste en lágrimas tu cuna.
 Sufre á tu vez; en la existencia efímera
 Tu herencia es el dolor, la fiera angustia,
 Tal fué de Dios la voluntad suprema,
 Que manda cual Señor á la fortuna;
 Fijó sobre la tierra tu camino,
 Tu puerto señalando allá en la tumba.

LA LIRA

Cantad; el mundo á Jove con grato acento implora;
 En Marte impera Venus con cetro de marfil;
 Reina en las nubes Iris y en la campiña Flora.
 ¡Cantad! los dioses llegan, partiendo con la Aurora,
 En el carro de Febo hasta el cenit.

EL ARPA

Orad, y alzad los ojos al Hacedor clemente;
 Que un Dios tan sólo existe, piadoso, omnipotente;
 Con soles en la altura su nombre tiene escrito:
 Comienzo y fin de todo, por El nuestra alma piensa;
 Su ser, que al mundo abarca, del mundo es alma inmensa,
 Y vive así lo eterno en lo infinito.

LA LIRA

A huir la Musa celestial te invita,
 Buscando asilo plácido y sereno;

El vulgo, á quien el sabio siempre evita,
De edad de bronce apurará el veneno.
Ven; y entregado á tus tranquilos lares,
Sabrás que mueren hombres á millares
De la discordia al ímpetu violento;
Mas ¿qué te importa? dime;
¿Qué importa al solitario venturoso
Que estragos siembre el huracán furioso,
Si al llegar á su Edén es manso viento?

EL ARPA

Jesús, que fué del hombre ejemplo y guía,
Bendice al que le paga con su amor,
Y adusto se mostró con gente impía,
Como Juan el terrible Precursor.
Ve, pues, y entre los pueblos de la tierra
La peste anuncia y hambre y cruda guerra,
Castigo del Señor á su maldad.
Y rompan tus clamores sus oídos,
Resonando con ecos parecidos
Al fragor de sublime tempestad.

LA LIRA

El águila es el ave del dios que Olimpo adora,
Del Cáucaso y del Athos remonta su alto vuelo;
Y al fuego que fecunda, y al fuego que devora
Se lanza, el sol y el rayo buscando allá en el cielo.

EL ARPA

La tímida paloma bajó desde la altura
Y del divino Espíritu la forma santa fué;
Cara al varón selecto, como á la virgen pura,
Consuelos trajo al mundo, cual antes á Noé.

LA LIRA

¡Amad! gobierna Venus á dioses y á mortales;
Su antorcha alumbra cielos ó abismos infernales,
Y, al sacudirla Paris, de Troya fué tizón.
Tú, de una en otra hermosa, busca al vivir su encanto,
Que amor sólo provoca acerbo llanto
Y en cambio los amores ligeros, seductores,
Hermanos de la risa alegre son.

EL ARPA

Con dulce amor apaga los odios del infierno,
Rindiendo afecto puro á un seno casto y tierno;
Quiere á tu esposa como Jehová á su pueblo quiso:
Dos seres que en la vida ligó misterio santo,
Atraviesan el mundo sin quebranto
Cual viajeros que van al Paraíso.

LA LIRA

¡Gozad! al negro río de las sombras
Afluye de los vivos la corriente
Si en duro suelo, ó pérsicas alfombras,
Los pasos de la Muerte el sabio siente.
Salúdala con risas, como hermana,
Que el miedo no lo embarga á lo que ignora,
Y duérmese en la noche sin aurora
Soñando en los placeres de mañana.

EL ARPA

Ten piedad del hermano que vacila,
Llora con él mirándolo sufrir:
Sudor del cuerpo y lágrimas destila,
Pues nació, como tú, para morir...

Aguarda el pecador, cuando sucumba,
 Ver la nada en el fondo de la tumba,
 Cual la mira en el fondo del placer;
 Mas muere, y gime al encontrarse un alma
 Y, perdida en su horror la necia calma,
 La eternidad maldice de su ser.

*
 * *

Absorto el vate escucha, dudando en tal porfía,
 Las dos lejanas voces que imaginó del cielo:
 Por eso, al recordarlo, con débil armonía
 Del Pindo al canto mezcla los himnos del Carmelo.

LOS ARQUEROS

(De Víctor Hugo.)

Dames, oyez un conte lamentable.

BAIF.

Era el momento lúgubre de noche triste, oscura,
 En que á temer llegamos ver sólo la figura
 De algún demonio prófugo de la infernal región,
 Momento en que el viajero que lleva su rosario
 Reza en silencio y juzga perverso ó temerario
 Aun para el rezo levantar la voz;

Y llegan dos arqueros al fondo de ese valle,
 Allí donde se encuentran al fin de larga calle
 La torre y el castillo, desiertos y sin luz,
 Que alzó, según contaban los rústicos sencillos,
 Un monje removiendo las piedras y ladrillos
 Con la señal tan sólo de la cruz.

Sin miedo á Dios ni al diablo y en medio á la arruinada
 Capilla abierta al viento, prendieron su lumbrada,

Sentándose atrevidos, con ademán burlón,
Sobre la tosca imagen de un santo de granito
Que, con las manos juntas y el aire más contrito,
Absorto parecía en la oración.

En tanto, por la torre y el bosque y la montaña,
Se ve como un reflejo vislumbre roja, extraña,
Que espanta á las lechuzas del torreón feudal,
Murciélagos volaban en torno al fatuo fuego
Y con sus alas negras, que agita impulso ciego,
Lo hacían como antorcha funeral.

Entonces el más viejo le dice al otro tuno:
“¿Te pones tú cilicios?” —“¿Y guardas tú el ayuno?”
Replica el mozo, á risa moviéndose los dos.
Mas ¡ay! que iguales risas al lejos resonaron
Y estando solo el valle, los pillos exclamaron:
“El eco es quien repite nuestra voz.”

De súbito á sus ojos luz tenue que rastrea
Descúbrese á distancia, ó en lo alto serpentea:
Los dos impíos todo lo juzgan natural,
Y echando al fuego ramas de robles y de encinas,
“Vislumbres son—dijeron—de ciénegas vecinas,
O de alguna luciérnaga al volar.”

Mas la lejana risa (no lo toméis á broma)
Fué de Satán riendo sobre la oscura loma,
Y la vislumbre opaca del mismo Lucifer:
Era el reflejo pálido que luce en las tinieblas,
El rayo sulfuroso que en las profundas nieblas
Suele el malvado espíritu encender.

A los profanos ecos de necia carcajada
Acude como el lobo que espía la manada,
Mirando á los arqueros cual miran las serpientes:
“Reíd, canalla—dice—, reíd con chanzas locas,
Yo haré que pronto pasen convulsas vuestras bocas
De imbécil risa al rechinar de dientes.”

* * *

Al terminar la noche todo acabó con ella,
Sólo de inmensa cabra se pudo ver la huella
En el desierto valle que iluminaba el sol;
Mas cuando el sol se oculta, do estaba la ceniza
Temblando ve un labriego luz mágica, rojiza,
Sombrio, misterioso resplandor.

Y apenas esa lumbre de espanto el aire llena,
Burlona carcajada por el espacio suena
Que del infierno mismo dijérase venir.
No ve el palurdo al diablo ni á los del otro mundo,
Mas siente que son ellos y, en su terror profundo,
Ignora lo que sufren al reir.

Y siempre, noche á noche, la luz rojiza, extraña,
Veían los labriegos del bosque y la montaña,
La risa oyendo vuelan las aves del bastión,
Murciélagos sacuden en torno al fatuo fuego
Sus alas renegridas, que agita impulso ciego,
Cual antes de los pillos al redor.

Y nunca se extinguía sino al brillar la aurora,
Ardiendo siempre fúnebre la llama aterradora.

Si en abundante lluvia soltábase el turbión,
 Las risas estallaban á par del bronco trueno,
 Lanzando aquella lumbre la tierra de su seno
 Para unirse del rayo á la explosión.

Al fin, en noche clara, ¿qué vió la pobre gente?
 Alzarse vió la imagen del santo de repente;
 Tres pasos dió en silencio y en ademán contrito;
 Del infernal ensalmo ya impávido exorcista,
 La dura boca abriendo, gritó: "¡Que Dios me asista!"
 Y agitó sus dos brazos de granito.

Todo acabó, la llama, la risa espantadora,
 ¡Todo! al siguiente día, la gente al ver se azora
 Dos muertos de la imagen fatídica á los pies.
 Les dieron sepultura, y una capellanía
 Fundó el señor del pueblo y siempre se decía
 Por ellos una misa cada mes.

*
 **

Si diversión os causa mi pobre cuento inédito,
 No lo burléis ¿qué importa? mejor es darle crédito.
 ¡Creer! ¿qué estoy soñando? Ya no hay almas sencillas,
 A medias á lo sumo se admite la creencia
 Y nadie en nuestro siglo, tan vano con su ciencia,
 Al cielo rinde culto doblando ambas rodillas.

JEHOVA

(De Victor Hugo.)

¡Gloria al Señor! Su acento retumba en la tormenta,
 Con pléyada de soles su nombre tiene escrito;
 Al fin de las edades la eternidad ostenta
 Y al fin de negro espacio despliega el infinito.

Al caos de su *fiat* un eco hirió fecundo
 Y en breve de los átomos formado queda el mundo:
 Un ángel á sus plantas recuenta las naciones
 Cuando, á través de siglos y en grupos mil variados,
 Pasando van los pueblos sumisos y afanados,
 Porque El fijó sus días á las generaciones.

Nada resiste, nada, su fuerza omnipotente,
 Ora con soplo inmenso, cual huracán veloz,
 Dispare por los cielos algún cometa ardiente,
 O entre lejanos mundos apague un viejo sol,

O si de enhiesto monte las rocas precipita,
 O siembra en los abismos las lavas de un volcán,
 O del infierno abriendo la bóveda maldita,
 En él vencida arroja la hueste de Satán.

La creación se mueve toda en tu pensamiento,
 Señor, todo obedece tu previsor intento
 Que estólido mortal discute en vano;
 Tu aliento poderoso hunde y quema al perverso,
 A pobre viuda salva del duro publicano,
 O en la región del éter, allá en cielo lejano,
 Llega y hace brotar un universo.

Por sí, ¿qué vale el hombre? ¡ Vil presa que disputa
 La suerte en breves días al ávido ataúd!
 Es Dios quien los maneja marcándole su ruta
 Desde la cuna al féretro, por donde va sin luz.

De Dios el nombre cantan los ángeles en coro
 Y el eco lo repite del mundo ya salvado;
 Mas si Jehová se indigna y el grito alza sonoro,
 Satán cobarde tiembla y el réprobo malvado.

¡ Gran Dios! los querubines, las almas escogidas
 De santos y de vírgenes, en torno á Ti rendidas,
 Levantan á tu gloria concierto sin igual.
 Permite, pues, que el hombre, humilde ser, te cante
 Y, errando en las tinieblas, con paso vacilante,
 Su voz adune efímera al coro celestial.

¡ Gloria al Señor! Su acento retumba en la tormenta,
 Con pléyada de soles su nombre tiene escrito;
 Al fin de las edades la eternidad ostenta
 Y al fin de negro espacio despliega el infinito.

A S. B.

(Traducido libremente de Víctor Hugo.)

¡ El águila es el genio! Ave altanera,
 Reina en la tempestad, y excelsa cumbre
 Tal vez elige en el abrupto monte
 De donde anuncia con potente grito
 La luz al despertar. Su noble garra
 Jamás reposa en el inmundo fango,
 Y su mirar flamígero devuelve
 Relámpagos al sol.

Su nido, tosco y duro, es honda grieta
 Que abrió en la peña retumbando el rayo,
 El hueco de algún cóncavo arrecife,
 O en rápida pendiente hendida roca
 Batida de los vientos y suspensa
 En medio á dos abismos insondables—
 El negro precipicio que la aguarda,
 Y el firmamento azul.

Allí, no es vil gusano, ni el insecto
 De relucientes alas lo que espera,
 Abierto el pico y la mirada ansiosa
 De apetito voraz, su hambrienta prole;

No, que el siniestro pájaro nocturno,
La fea sabandija, ó la serpiente,
Son de sus erizados aguiluchos
El único manjar.

¡Nido real! Palacio tenebroso
Que circundan de nieve los aludes
Saltando por encima á los peñascos!
Allí á sus hijos alimenta el genio,
Y, convirtiendo al sol sus ígneos ojos,
Allí, bajo sus alas encendidas,
Solicito fecunda tiernas almas
Que un día han de volar.

¡Por qué extrañar entonces, caro amigo,
Que sobre tu cabeza de gigante
La nube de relámpagos preñada
Amenace estallar, y un bicho impuro
En tu nido se esconda? ¡Al punto mátales!
Ese es tu primer juego, ese es tu ensayo;
Para vosotros, tiernos aguiluchos,
Un recreo es la lid, que os entusiasma,
Un combate el festín.

Brilla, sí, que ya es tiempo, y si viniere
La tempestad tu albor oscureciendo,
Súbito vuelve en prisma deslumbrante
La procelosa nube: ¡brilla, brilla!
Cumpla su ley tu pensamiento altivo;
Ven, y tu mano junta con mi mano;
Poeta, canta al són de lira de oro;
Aguila; encumbra tu sublime vuelo:
¡Sol, sol! ¡Ven al cenit!

La triste niebla que empañó tu oriente
Hoy se disipa, hermano: águila tierna,
¡Que las nubes y el rayo te conozcan!
Arranque un nombre tu inspirado acento:
Ven, que herida tu gloria desgarrada
De enemigos cobardes á los tiros,
Cual bélico estandarte resplandece
Destrozado en la guerra y flameando
Más bello que en la paz.

¿Ves el astro de regia cabellera
Devorando, al rodar en el vacío,
Cien mundos que, en su curso arrebatados,
Su mole inmensurable siempre acrecen?
Tal, ¡oh joven coloso! yo te admiro:
Así tu ardiente genio, que arrebatada
En carrera triunfal mundos de ideas,
Creciendo y avanzando en el espacio,
Resplandeciente va!

México, Abril de 1855.

UN CANTO DE NERON

*(De Victor Hugo.)**Nescio quid molle atque facetum.*

HORACIO.

El tedio nos devora que el sabio siempre evita;
 Venid, gozad, amigos, la fiesta á que os invita
 Nerón, tres veces Cónsul y César inmortal;
 Nerón, señor del mundo y dios de la armonía,
 Que descuella en la dulce poesía
 Y canta acompañado de lira celestial.

Mi voz, de gozo trémula, al punto aquí os reúna,
 Pues de gozar conmigo tenéis la gran fortuna,
 Cual no podéis con Palas, ni con el griego Eudoro,
 Ni en los festines donde cualquier enojo acaba
 Y en que el adusto Séneca, si á Diógenes alaba,
 Apura su Falermo en copa de oro;

Ni cuando, por el Tíber, Aglae de Falera
 Desnuda casi, boga, risueña en su galera,
 Sentada bajo un toldo de fúlgidos colores;
 Ni cuando, al són de liras, el rey de los esclavos
 Arrojava á las fieras veinte esclavos,
 Cubriendo sus cadenas con enlazadas flores.

Venid; ¡veréis, amigos, arder á Roma entera!
 De lo alto de esta torre, tendido en mi litera,
 Podré admirar la llama de lúgubre fulgor.
 ¿Qué son esos combates de fieras con cristianos?
 Los siete montes forman un circo á los romanos
 Para luchar con fuego abrasador.

Así pretende, amigos, del mundo el soberano
 Dar tregua al gran fastidio que enerva su alta mano;
 Lanzar el rayo debe cual Júpiter tonante.
 ¡Venid, llegó la noche, va á comenzar la fiesta!
 ¡Ya el monstruo del incendio, con inflamada cresta,
 Las alas bate y vibra cien lenguas, anhelante!

¿Lo veis, lo veis, amigos? Con encendida proa,
 Barco infernal avanza, repliégame cual boa,
 Y acariciar parece lo que ha de destruir;
 En sus halagos fúnebres las casas se evaporan...
 ¿Pues qué, no son mis besos los besos que devoran,
 Ni mis caricias las que harán morir?

Oíd esos rumores, ese humo ved sombrío,
 La gente huyendo el fuego devorador, impío,
 ¡Y en pos silencio lóbrego cien veces renovado!
 Columnas mil de bronce y arcadas mil se hunden;
 Arroyos de metal hirviente cunden,
 Y llegan humeantes al Tíber espantado.

¡Perece todo! jaspés, y mármol, y figuras
 Cuyos divinos nombres no salvan sus hechuras.
 Incendio victorioso prosigue airado, ciego;
 Invade los palacios, de sótano á corniza;
 El Aquilón furioso la combustión atiza
 Y la transforma en tempestad de fuego

Adiós ¡oh Capitolio!, tu fin se hallaba escrito
De Scylla el acueducto ya es puente en el Cocito...
¡Nerón lo quiere! torres y bóvedas caerán,
Hundiendo á Roma en caos terrífico y profundo...

Dale gracias á él, reina del mundo,
Porque esas luces bellas tu frente orlando están.

De niño, me dijeron que voces sibilinas
Al porvenir fiaban tus torres y colinas,
En pie tus muros siempre tras una y otra edad.
Tu estrella, me decían, hallábase en su aurora;
¡Eras ciudad eterna!... ¡Hoy dime si una hora,
O cuántas va á lucir tu eternidad!

¡Qué hermoso es un incendio si brilla en noche oscura!
La gloria de un Eróstrato no llega hasta mi altura.
¿De un pueblo á mi capricho qué importan los dolores?
Huyendo va espantado del gran brasero ardiente...

Quitadme esta corona de la frente;
Que el fuego en que arde Roma va á marchitar sus flores.

Cuando manchéis de sangre vuestro mejor vestido,
Lave la mancha luego blanco vino escogido,
Que el sanguinoso aspecto disgusto da y espanto;
El sabio los placeres con sangre nunca altera;
¡Cuán necio el que los ayes de víctimas tolera
Sin apagarlos con alegre canto!

Castigo á Roma y véngome de su procaz insulto:
¿Por qué, humillada, quema su incienso y rinde culto
A Júpiter Olímpico y al Dios de Nazaret?
¡Yo soy también divino, su igual yo me contemplo!
¡El terror os hará elevarme un templo!
¿Qué importa á los villanos un dios de más tener?

Destruyo á Roma y pronto la he de fundar más bella;
Pero hoy la cruz odiosa terminará con ella:
¡No quedará un cristiano que escape á mi rigor!
Ya el pueblo les increpa sus plagas espantosas.
¡Al punto exterminadlos!... Esclavo, tráeme rosas,
Me encanta de la rosa el dulce olor.

Agosto de 1885.

ACCIONES DE GRACIAS

(De Victor Hugo.)

Al puerto condujiste, Señor, mi vela errante;
 Mi vara ha florecido con místico verdor:
 ¡Buen Dios! por Ti se anima mi lámpara expirante,
 Que al soplo de tus labios revive su esplendor.

Implume pajarillo que el aquilón maltrata,
 Caí del alto fresno junto al arbusto vil;
 De niño, el infortunio me acosa, y arrebatada
 La cuna en que bogaba con júbilo infantil.

Así desde la infancia probé la amarga vida,
 Por más que el cielo nunca fulmine tierna flor,
 Ni quiera que inocente criatura desvalida
 Con blanda risa adune lo acerbo del dolor.

En pos llegaron luego tus frívolos engaños,
 Tu porvenir de gloria, de amor ¡oh juventud!
 Y cuando me adormía con sueños mil extraños,
 ¡Ay! desperté en la sombra de un lóbrego ataúd.

Entonces alejéme de en medio á mis iguales,
 Tranquilo, porque el ansia del malo no sentí,

Y acompañé de lejos las pompas funerales,
 Que es grato un eco lúgubre al huérfano infeliz.

La vista allá en el cielo, la planta en el abismo,
 De la Fortuna imbécil al áspero desdén,
 Vi llamas que brotaban de mi cerebro mismo,
 Y lenguas vi de fuego bajar sobre mi sien.

De Patmos el delirio probé, sublime, santo,
 El miedo que lo anuncia y que lo sigue en pos:
 El alma sentí opresa, y de mi lira el canto
 Era ¡ay! como en la noche, triste, doliente voz.

Sin murmurar he visto perderse mi alegría;
 Señor, al abandono me condenabas Tú:
 Humilde, en el desierto seguí la triple vía,
 Y no maldije nunca mis días ni tu luz.

Oíd el desenlace, contarlo al mundo quiero:
 Al cielo en la desdicha mi corazón volví.
 La oveja siempre acude llamándola el cordero;
 Llamé al Señor, y al punto vino el Señor á mí.

Y así me habló: "Hijo mío: blanda es mi ley, clemente,
 Tú que en la niebla oscura buscabas la verdad,
 Te ceñirás del justo la túnica esplendente
 Y entre los elegidos tus manos lavarás."

.....

No quiero ya brindarte mi pobre, inútil vida,
 ¡Oh gloria, vil reflejo de la inefable luz,
 Del genio, en su carrera, huella tal vez perdida,
 O misterioso rayo que brota el ataúd!

Sus alas en mi pecho ya un ángel ha plegado:
 Amóme, que en el huérfano ella un hermano ve:
 Las horas y los días son breves á su lado;
 ¡Cuán leve el fardo ha sido, cuán dulce el yugo fué!

Al puerto condujiste, Señor, mi vela errante,
 Mi vara ha florecido con místico verdor:
 ¡Gran Dios! por Ti se anima mi lámpara expirante
 Y al soplo de tus labios revive su esplendor.

Junio de 1858.

LAS DOS ISLAS

(Traducido de Victor Hugo.)

I

Dos islas hay misteriosas
 Y en la historia memorables;
 Las separa un mundo entero
 En la extensión de los mares
 Y ellas dominan las ondas
 Cual cabezas de gigantes.
 Al contemplarlas se entiende
 Que Dios á luz las sacase,
 Del abismo en que yacieran,
 Para designios fatales,
 Y que el piélago de espumas
 Airado sus costas bañe
 Y el rayo hiera sus frentes
 Y rujan allí volcanes.

Circundadas de arrecifes
 Que rompen el oleaje,
 Son dos navíos de guerra
 Que en eterna quietud yacen,